

A PRUEBA DEL TIEMPO: LAS INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS ESPAÑOLAS ENTRE SILENCIO OFICIAL Y LUCHA POR LA MEMORIA

Allison Taillot

Université Paris Ouest Nanterre-La Défense, France. E-mail: allison.taillot@wanadoo.fr

Recibido: 16 Abril 2009 / Revisado: 7 Mayo 2009 / Aceptado: 20 Mayo 2009 / Publicación Online: 15 Junio 2009

Resumen: A raíz de la victoria franquista de 1939 tuvo lugar uno de los exilios más trágicos que registró la historia contemporánea de España: el exilio republicano. Entre los que se vieron obligados al destierro se encontraban unas figuras cuya historia ha estado bastante olvidada hasta ahora: las intelectuales antifascistas españolas. Excluidas del territorio y de la vida española, se verían, en definitiva, excluidas de la Historia. En este trabajo, se trata de estudiar las modalidades y particularidades del lento, laborioso y todavía incompleto reconocimiento de estas intelectuales multifacéticas, contextualizándolo y relacionándolo con las nociones de memoria, de género y de lucha contra el olvido.

Palabras Clave: Intelectuales republicanas, exilio, franquismo, transición, silencio, memoria, reconocimiento, género.

En 1968, después de unos treinta años de exilio, Margarita Nelken moría en México sin haber podido volver a su tierra natal, España. En 2008, se inauguraba en la Biblioteca Nacional de Madrid una exposición, “Carmen Conde. Voluntad Creadora”, mediante la cual se intentaba saldar una deuda con la escritora.

Entre estas dos fechas, transcurrieron cuarenta años que parecen constituir un proceso evolutivo y subordinado a la actitud cambiante de las instancias dirigentes españolas para con un colectivo aún desconocido: las intelectuales antifascistas. A partir de su exclusión del territorio y de la vida nacional a raíz de la victoria franquista de 1939, las que conocemos a veces como las “escritoras del 27” vieron su trayectoria oscilar entre olvido y memoria, dos

polos fundamentales en la historia contemporánea española.

Tras analizar las consecuencias de la derrota republicana en su trayectoria vital, examinaremos las modalidades de la lucha por la memoria que emprendieron las intelectuales desde los primeros momentos. Por último, estudiaremos el lento y dificultoso reconocimiento en España de estas “grandes olvidadas” relacionándolo con la noción de género.

1. CONSECUENCIAS DE LA VICTORIA FRANQUISTA SOBRE LA TRAYECTORIA DE LAS INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS ESPAÑOLAS

Tras la victoria franquista de abril de 1939 se implantó en España un sistema político de carácter nacionalista, autoritario y centralista. Una represión sistemática se estableció desde los primeros momentos que afectó principalmente a todos los que se habían comprometido con la causa republicana. Si para la mayoría de la población, la instauración del régimen franquista supuso años de dolor, de hambre y de miedo, es necesario insistir en lo que significó para el mundo de las letras y sus representantes. La victoria franquista, que algunos interpretaron como la “derrota de los intelectuales”¹, fue una verdadera catástrofe para la cultura española de aquel entonces cuya culminación representaba la llamada “Generación del 27”. Los integrantes de este grupo habían decidido acabar con la figura del intelectual en su torre de marfil, etéreo y poco atento a la realidad nacional. De ahí su compromiso, que les había llevado a ponerse al servicio de la causa antifascista tras la

sublevación militar del 18 de julio de 1936. Al final de la guerra, se vieron afectados por la represión antirrepublicana llevada a cabo por los vencedores, debido a su actuación a favor del bando vencido y su oposición tenaz al fascismo. Pero más allá de este motivo político, cabe señalar que fueron también castigados por ser los principales representantes de una “inteligencia” española hacia la que mostraron su odio las nuevas autoridades². La incompatibilidad ideológica entre los dos bandos había sido señalada por el ministro de Instrucción Pública, Jesús Hernández, en el discurso “A los Intelectuales de España”, pronunciado en el Comité Central Ampliado del Partido Comunista de España que se celebró en Valencia en marzo de 1937: “En todos los regímenes de tiranía, la inteligencia ha sido siempre condenada a la hoguera o al fusilamiento. [...] El acto de quemar los libros - tan grato al fascismo- es el síntoma tradicional de la barbarie”³.

Tanto el fascismo de Falange como la ideología nacional-católica característica del franquismo excluían todas las avances que la burguesía liberal aportó a España a través de la Institución Libre de Enseñanza o de las sucesivas “generaciones” de intelectuales: la del 98, la del 14 y la del 27 cuyos miembros pagaron un tributo muy caro a la lucha. Como sus homólogos masculinos, aunque con menor protagonismo mediático, las intelectuales republicanas vieron marcada su trayectoria vital por la evolución política nacional. Por formar parte de una clase “privilegiada”, en la inmediata posguerra, no se vieron abandonadas y no vivieron, en su gran mayoría, la traumática experiencia del campo de concentración. Este fue a menudo un período en el que intensificaron los múltiples y diversos procesos que se habían iniciado durante la guerra.

En lo que se refiere a encarcelamientos, destaca el caso de Carlota O’Neill, cuyo testimonio ha llegado hasta nosotros a través de una obra publicada en Venezuela, en 1964: *Una mexicana en la guerra de España*. Este relato constituye un testimonio imprescindible no sólo acerca de la represión desatada por los rebeldes en Melilla sino también acerca de la realidad carcelaria. Por ser la mujer del capitán republicano Virgilio Leret, Carlota O’Neill fue detenida el 22 de julio de 1936 y encarcelada hasta que le fue concedida la libertad condicional, después de la puesta en práctica del sistema de Redención de Penas por el Trabajo en 1939. En relación a la

España de la inmediata posguerra, escribe: “De Madrid llegaron órdenes y más órdenes para regular la vida de los presos, que en aquellas fechas subían a millones. España era una cárcel, una gran cárcel. Y en torno, un muro de silencio, cuajado con los disparos de los fusilamientos, los gritos de estupor, el dolor en las salas de tortura”⁴.

Percibimos, al leer estas pocas líneas, las consecuencias de la “Cruzada” contra el enemigo “rojo” que iba a dominar la política interior de una España aislada económica y políticamente. El primer franquismo, de marcado carácter totalitario, pretendió acabar con la obra de la República y someter a quienes la habían apoyado. El caso de Carlota O’Neill constituye una excepción dentro del colectivo que nos interesa aquí ya que la mayor parte de las intelectuales republicanas consiguieron seguir el camino del exilio.

Otras intelectuales, sin embargo, se quedaron o fueron devueltas a las nuevas autoridades en los primeros años del franquismo, siendo víctimas de lo que se suele llamar el “exilio interior” (aunque algunos rechazan la expresión), un exilio que fue tan desesperado y destructivo como el exterior como veremos a continuación. Los tres años de la Guerra de España habían sido años de intensa actividad para las intelectuales antifascistas que habían hecho de la pluma un arma al servicio de la causa republicana. Sin embargo, la victoria franquista puso punto final a este período de efervescencia creativa, sometiendo la producción literaria nacional a una censura drástica. En *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*, Manuel L. Abellán escribe: “Desde los albores del franquismo, ya en su etapa bélica, y luego, en los años de consolidación definitiva, la censura, robustecida y potenciada por toda la gama de actividades y funciones que fueron vertebrándose en ella, fue concebida como tarea encaminada a establecer la primacía de la verdad y difundir la doctrina general del Movimiento”⁵.

Entre las principales víctimas de esta censura se hallaban las intelectuales que permanecían dentro del país y que tuvieron entonces que elaborar estrategias para escapar al control de las autoridades. Carmen Conde, que había trabajado desde 1936 en la *Asociación de Mujeres Antifascistas*, fue protegida por una pareja de amigos intelectuales. el catedrático Cayetano Alcázar y su esposa, Amanda Junquera. Durante este período de venganza y de represión

arbitraria, pudo refugiarse en el pueblo de El Escorial donde empezó a escribir bajo el seudónimo de Florentina del Mar. Entre 1943 y 1945 –época en la que florecieron los seudónimos- escribió una serie de cuentos infantiles y a partir de 1944, colaboró en revistas como *El Español* o *La Estafeta literaria*. Florentina del Mar no era entonces más que una máscara, un arma insólita contra la censura que Leopoldo de Luis presentar del siguiente modo: “Florentina es una santa mediterránea; ella amparó la pluma de Carmen en aquellos años, para escribir de niños y de poesía”⁶.

Pero el seudónimo no fue la única respuesta a la instauración de la censura en la España franquista. Manuel L. Abellán alude en efecto a “la evasión o emigración forzosa de manuscritos hacia países, sobre todo de habla hispana, donde la censura no existiera o fuera soportable”⁷. Esta corriente migratoria, minoritaria, le permitió a Carmen Conde publicar en 1962, en Milán, *Mientras los hombres mueren* o *En un mundo de fugitivos* que se publicó en 1960 en Buenos Aires. Con la Ley Fraga de 1966 que suprimió la censura previa pero dejó la autocensura, se produjo una liberalización relativa de la producción literaria. Un año más tarde, ambas obras serían publicadas por la editorial Biblioteca Nueva de Madrid e integradas a la *Obra Poética* de Carmen Conde.

Sin embargo, para la gran mayoría de las intelectuales republicanas, la consecuencia directa de la victoria franquista fue el exilio. A raíz esta victoria franquista se produjo uno de los exilios más trágicos que registró la historia contemporánea española: el exilio republicano. Si Antonina Rodrigo, en “Mujeres y exilio 1939”, recuerda que “[s]e ha calificado de apocalíptico el éxodo del pueblo español hacia Francia, en 1939”⁸, podemos añadir que constituyó también una verdadera “hemorragia” intelectual. Salieron hacia el exilio las figuras más destacadas de la intelectualidad española, que formarían parte de la “España peregrina”, según la fórmula acuñada por José Bergamín.

Cabe subrayar, sin embargo, que el exilio de los intelectuales republicanos se había iniciado antes de 1939. A principios de noviembre de 1936, con motivo de la ofensiva fascista contra Madrid, se organizó, con la ayuda del Quinto Regimiento, la evacuación de los intelectuales y artistas de más prestigio desde la capital hasta la nueva capital de la España republicana,

Valencia. Una segunda expedición saldría un mes más tarde. Entre quienes siguieron al Gobierno de la República en su exilio forzoso se encontraban Ernestina de Champourcin y su marido, Juan José Domenchina que se trasladarían a Barcelona un año más tarde. Este ejemplo muestra que la experiencia del exilio no fue la misma para todos los miembros del bando republicano. Para los privilegiados representantes de la intelectualidad, llegaría a ser una elección deliberada. Concha Méndez, por ejemplo, decidió en marzo de 1937 marcharse a Inglaterra y volvió a Cataluña algunos meses más tarde, dispuesta a ponerse al servicio de la República. Esta actitud pone de realce el sentimiento de remordimiento, de vergüenza, que las intelectuales asociaban, en aquel entonces, con el exilio. En referencia a su marcha a París, en 1937, Rosa Chacel escribió: “[...] debo confesar [...] que me comporté ante los sucesos bélicos, como una mujer. Veo la cólera de mis oyentes femeninas, porque la verdad es que las mujeres de mi tiempo se comportaron como los más atrevidos guerreros; [...] yo fui como las que cerraron los ojos y se metieron en un convento [...]”⁹.

La dedicación a la lucha y la voluntad de seguir luchando hasta el último momento caracterizaron a la mayoría de las intelectuales comprometidas con la causa antifascista. “¡Yo me quedo aquí!” afirmaba María Zambrano en una carta a Rosa Chacel del 26 de junio de 1938 después de aludir a la “diáspora” que se producía ya. Se ha comparado este fenómeno de exilio con una “fuga de cerebros”, idea que ha sido matizada por Beatriz Comella recordando que muchos intelectuales se quedaron en España y “que de los exiliados, sólo un 28% eran intelectuales o ejercían profesiones liberales”¹⁰. No obstante, al analizar la trayectoria vital de las intelectuales republicanas, nos percatamos de que el exilio fue una realidad tan larga como penosa para muchas de ellas.

María Zambrano, que se quedó en Barcelona hasta el 25 de enero de 1939, tuvo que resignarse al exilio y se fue a Francia. Empezaba para la filósofa un periplo de 45 años que la llevaría a la Habana, Méjico, Puerto Rico, Roma y Ginebra.

María Teresa León, por su parte, salió de España el 6 de marzo de 1939. En su introducción a *Memoria de la Melancolía*, su última y autobiográfica obra, Gregorio Torres Nebrera escribe: “Un general –Antonio Córdón-, un

ministro –Núñez Mazas- y dos escritores –María Teresa León y Rafael Alberti- vuelan en una avioneta de color rojo hacia Orán. Allí empezaba el peregrinaje, llevando consigo el compromiso de no olvidar nunca, de sobrevivir en los espacios de la memoria”¹¹.

Salía hacia el exilio con la firme esperanza de volver a España, abriéndose un paréntesis en el que recorrería Francia, Argentina e Italia. La pareja decidió instalarse en Roma en 1963 para esperar la caída del régimen franquista desde un país más cercano a España.

Estos dos ejemplos nos permiten hacer referencia a la trayectoria geográfica de las intelectuales a lo largo de sus años de exilio. Europa fue una primera y lógica etapa antes de partir durante la Segunda Guerra Mundial hacia América que se convirtió, según María Teresa León, en “el refugio y amparo de los desamparados de España”¹². Si, para Ernestina de Champourcin, México se convirtió rápidamente en una segunda patria en la que pudo reanudar su actividad, las demás *transterradas* –insistimos en este neologismo particularmente significativo en el caso de las intelectuales exiliadas en países de habla hispana– nunca pensaron “deshacer las maletas”¹³, en sentido metafórico. La patria constituyó una preocupación constante para ellas, pese a la distancia geográfica y al desarraigo. En una carta a Rosa Chacel escrita en septiembre de 1941 en Puerto Rico, María Zambrano escribió: “Bástate saber que estoy sola [...]. Que ya lo estaba en el periodo último de la guerra en España, en Barcelona, donde pasé el tiempo más feliz de mi vida [...] Desde entonces mi vida se me figura una lucha constante, más bien un agobio entre aquella felicidad que entonces probé y la necesidad, la necesidad de estar todavía en un mundo que cada vez entiendo menos”¹⁴.

La soledad y la imposibilidad de volver convirtieron los años del exilio en una auténtica prueba para las intelectuales republicanas cuyos sentimientos resultan sumamente complejos y paradójicos, vacilando entre la desesperación y el optimismo, entre la rabia por haber sido abandonadas por la “madre-España” y la fe en un futuro renacimiento del alma española.

La cronología de su vuelta definitiva a España se vio también subordinada a la evolución política nacional y para algunas de ellas, el regreso tuvo varias etapas. Rosa Chacel, por ejemplo, pudo viajar a España en varias

ocasiones. Se quedó en su país entre el mes de noviembre de 1961 y el mes de mayo de 1963, en un período de reducción progresiva del control sobre los medios de producción cultural. A partir de 1973, gracias a una beca de la Fundación March, se instaló en España, donde se afincó definitivamente en 1977.

Tras la muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975, y la consiguiente transición democrática, se abrió un período determinante en la trayectoria vital de las intelectuales republicanas. El 27 de abril de 1977, es decir, siete años antes de la vuelta de María Zambrano (en febrero de 1984), volvía María Teresa León que descubrió entonces un país nuevo, que poco tenía que ver con la España de 1939. En su autobiografía, recuerda: “Es como si yo no perteneciese a ese país del que leo los periódicos y, sin embargo, no han variado el formato ni el papel ni, seguramente, los lectores. Siento todo fuera de mí, arrancado, como si hubiera sido un sueño puesto sobre la mesa, impreso en hojas. [...] Estoy como separada, mirándome. No encuentro la fórmula para dialogar ni para unirme. Una muchacha se me aleja. ¿Sabe a dónde va? Siento angustia”¹⁵.

El reencuentro con la patria perdida fue entonces una experiencia paradójica en la vida de las intelectuales. Si la instauración de una monarquía parlamentaria, deseosa de promover la reconciliación y la rehabilitación de los vencidos, posibilitó la vuelta definitiva a España, el paso del tiempo se convirtió, sin embargo, en uno de sus mayores enemigos.

Ernestina de Champourcin, incapaz de adaptarse al país donde había vuelto en 1972, llegó a considerar esta última etapa de su vida como un segundo exilio; otras intelectuales ni siquiera tuvieron la posibilidad de regresar. Pensemos de nuevo en quien había sido diputada por la provincia de Badajoz y que tanto había luchado por el pueblo español, muriendo en México en 1968 y sin poder volver a su tierra natal: Margarita Nelken.

Las consecuencias de la derrota republicana fueron entonces tan diversas como trágicas para las intelectuales republicanas.

Si, a partir de 1939 y hasta la Transición a la democracia, vieron su vida subordinada a la evolución política interna de España, su trayectoria iba a revelarse aún más compleja con

la vuelta al país. Al exilio iba a suceder el olvido.

2. ENTRE OLVIDO Y MEMORIA: LAS INTELECTUALES A PRUEBA DEL TIEMPO

Cuando las intelectuales exiliadas volvieron a España, después de un paréntesis de más de treinta años, se había iniciado la Transición política, un período de cambios y de crecientes libertades. Para los nuevos dirigentes, este regreso de personalidades emblemáticas, a las que acogieron con expectación –pensemos por ejemplo en la llegada de Rafael Alberti y María Teresa León, acogidos por centenares de periodistas, fotógrafos, militantes y amigos– fue sumamente simbólico ya que “contribuía a legitimar históricamente el inicio del proceso democrático”¹⁶. En efecto, con la muerte de Franco había comenzado un proceso de apertura y de liberalización del régimen que se fundaba, según Paloma Aguilar Fernández, en la institucionalización de “la tolerancia, la moderación y la búsqueda obsesiva del consenso como medio ideal para lograr cualquier finalidad democrática”¹⁷. La instauración progresiva de una legislación rehabilitadora favorecería la reconciliación y la integración de todos en la vida política de una España de paz y de libertad. Sin embargo, el llamado “pacto de silencio” en el que se fundaba el nuevo sistema no debía satisfacer a las intelectuales que optaron de nuevo por la resistencia. Si, durante los tres años de la guerra, los intelectuales habían luchado contra un enemigo político e ideológico, haciendo del combate por la cultura una de sus prioridades y del libro un instrumento permanente de lucha contra, las intelectuales exiliadas tratarían de luchar ahora contra un enemigo más insidioso aún, el silencio... y su corolario directo: el olvido. Conscientes de su capacidad y de su potencial creativo, decidieron volver a hacer de las letras un arma, de la literatura el vehículo de una memoria tan compleja como silenciada por las nuevas autoridades.

Una de sus principales preocupaciones fue, sin duda alguna, la defensa de la memoria de la guerra civil, o más bien la memoria de los vencidos. A lo largo de sus años de exilio y después de su vuelta a España, se esforzaron por hacer del espacio literario el espacio del recuerdo y de la recreación de la experiencia vivida. Frente a una tendencia mayoritaria que intentaba marginar la memoria de los

republicanos, decidieron dejar constancia de lo ocurrido en sus diversas obras. De la huella escrita dependía en efecto la supervivencia.

Si nos fijamos en la fecunda producción literaria de las intelectuales republicanas, nos damos cuenta de que esta tendencia retrospectiva se manifestó desde los años cuarenta hasta los años posteriores a la transición democrática, tendiendo a contrarrestar los efectos de los sucesivos y olvidadizos discursos oficiales sobre la guerra. Frente al silencio voluntario en el que desembocó el proceso de transición, las intelectuales decidieron hacer de la creación literaria un vector de recuperación de la voz dormida del bando republicano, un bando “huérfano de identidad [...] invisible”¹⁸ según Mirta Núñez Díaz-Balart.

Con la publicación, en 1941, de su novela pionera *Contra viento y marea*, María Teresa León se puso al frente de los denominados novelistas del exilio. En la segunda parte de esta obra publicada en Buenos Aires, dejaba constancia de lo ocurrido entre el mes de julio y el mes de noviembre de 1936 en el Madrid en guerra. Pero, sobre todo, introducía lo que sería la clave de toda su producción posterior, la alianza entre guerra y memoria, acerca de la cual Luis García Montero escribió: “La guerra y la memoria, las guerras de la memoria y la memoria de la guerra, son dos insistencias, dos obsesiones elegidas y meditadas, dos claves en la literatura de María Teresa León. Las escenas de la guerra española que ella convierte en ficción, en memoria activa a lo largo del tiempo, son una necesidad moral, un deseo de aclaraciones y una conciencia narrativa, aprendida biográficamente, de que los momentos extremos son buen territorio para indagar a través de la literatura en la condición humana”¹⁹.

En efecto, la guerra sería un tema recorrente en su obra, principalmente en *Juego Limpio*, novela publicada en 1959 y centrada en las andanzas y experiencias de las “Guerrillas del Teatro del Ejército del Centro”. Lo biográfico alimenta aquí la novela de María Teresa León que fue impulsora y activista de este organismo desde finales de 1937, lo que pone de relieve su “necesidad de convertir [la memoria] en ficción, de darle un valor autónomo, más allá del ámbito autobiográfico [...]”²⁰. La ficcionalización de la experiencia de la guerra y el consiguiente paso de lo personal a lo colectivo, de la intrahistoria a la Historia nacional, caracterizaron muchas de las obras de las intelectuales republicanas.

Mencionaremos aquí dos novelas de Mercé Rodoreda: *La plaza del Diamante*, publicada en 1962, y *Cuánta, cuánta guerra* publicada en 1982, o sea diez años después de la vuelta de su autora a España, y sobre la que Pilar Nieva de la Paz escribió: “Su publicación conecta con el general interés de los lectores por recuperar un pasado desconocido, silenciado, por indagar en unas señas de identidad colectiva que parecía necesario recuperar en ese período inestable y cambiante de la joven democracia española”²¹.

La recuperación de este pasado silenciado pasaría también por la recuperación de la experiencia del exilio. Si Rosa Chacel parece presentar en *Ciencias Naturales*, novela publicada en 1988, el resultado de una reflexión personal y serena sobre el exilio, los sentimientos de Ernestina de Champourcin resultan mucho más complejos y conflictivos frente a la experiencia del destierro forzoso. En el poema “Barcelona” de *Primer Exilio* (1978), alude a su traslado de 1937, y en *La pared transparente* (1979-80), el poema “Provisional” remite a la realidad del exilio... un exilio “Provisional y eterno /Para hoy, para siempre...”²².

Vemos bien en los ejemplos anteriores, que la memoria fue un componente esencial de la literatura de ficción de las intelectuales republicanas. Sin embargo, es necesario añadir que en algunas de sus obras, la literatura fue también un espacio fundamental en el desarrollo de esta memoria. A pesar del riesgo de idealización inherente a este tipo de obra, no podemos prescindir aquí de sus autobiografías que insisten en la relevancia y la primacía del recuerdo entre las intelectuales y, más generalmente, entre los miembros de una comunidad republicana desarraigada y diseminada por el mundo. Según Paloma Ulacia Altolaguirre, la nieta de Concha Méndez, “[u]na de las características del exiliado es, sin duda, el sentir que su identidad se ha perdido, razón por la cual sus recuerdos se le vuelven doblemente importantes. Puesto que ya ha perdido el contexto en el que antes se había desarrollado, la necesidad de recordar rebasa los límites de una simple nostalgia para convertirse en la columna vertebral de su identidad”²³.

En *Memoria de la melancolía* de María Teresa León (1970), en *Cuando éramos capitanes (memorias de aquella guerra)* de Teresa Pàmies (1974), en *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)* de Ernestina de Champourcin

(1981), en *Alcancía* de Rosa Chacel (1982) o en *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas* (1990), vemos que a la voluntad de reintegrar el pasado republicano a la historia nacional se añade una necesidad absoluta, casi vital, de reencontrarse a sí misma y de oponerse al olvido y a los estragos inherentes al paso del tiempo. La muerte, el envejecimiento y la *desmemoria* se ciernen sobre la mente cada vez más deteriorada de María Teresa León, que ya sufría de alzheimer. Rosa Chacel habla “[d]el miedo a la pérdida de la memoria, creciente con los años”²⁴ y Ernestina de Champourcin de su memoria “cada vez más olvidadiza”²⁵. Podemos pensar que la situación en la que se encontraban intensificó un sentimiento de urgencia que las llevaría a escribir estos libros de memorias y de testimonios. Muchas de estas autobiografías abarcan un período muy largo, desde la infancia hasta el momento de la escritura, pasando por la formación intelectual en el Madrid del primer tercio del siglo XX, la politización creciente, la lucha al servicio de la causa y sus consecuencias y reflejan la lucidez de sus autoras en cuanto a la evolución sociopolítica española. Reivindicando sus actuaciones pasadas y su compromiso con una realidad nacional cambiante, no dejan de expresar sus dudas y sus inquietudes acerca del futuro. La idea de una memoria aleccionadora se manifiesta en varias ocasiones y su validez es interrogada y puesta en tela de juicio.

En *Cuando éramos capitanes*, Teresa Pàmies se pregunta: “¿Puede, nuestra generación, hacer algo todavía para impedir otro choque sangriento?”²⁶

En *Memoria de la melancolía*, María Teresa León se rinde ante la repetición cíclica de los episodios bélicos: “[...] el mismo crimen, la misma sociedad divirtiéndose, los mismos robos, igual cerrazón en los oídos. Y la guerra. ¿Cómo serán las noches de Vietnam con los aparatos enemigos ultramodernos acechándolas? [...] Comprendo que a muchos españoles leales se nos llenen de lágrimas los ojos recordando. ¿Será posible que después de treinta años se esté repitiendo la historia, nuestra historia?”²⁷

La desesperación y el desánimo frente a los asuntos políticos se mezclan y dan paso a una revisión de la misma empresa autobiográfica. Las memorias de María Teresa León se convierten entonces en un libro “desarreglado como memoria de vieja”²⁸. Sin embargo, el recurso a la literatura, esta “enfermedad incurable”²⁹, acaba por triunfar y encontramos,

otra vez, la visión de una creación literaria como catarsis. La mayoría de las intelectuales republicanas llegaron a atribuir a la escritura una virtud terapéutica y podemos pensar que para estas grandes olvidadas españolas, la literatura fue, en cierto modo, salvadora. Les permitió plasmar lo que había sido su existencia. En *La ardilla y la rosa (Juán Ramón en mi memoria)*, Ernestina de Champourcin establece una continuidad entre creación literaria y realidad cuando escribe: “Si levantamos los ojos del papel y los cerramos, dejándolos prendidos en el ámbito de la memoria, ¡qué sucesión de un Tiempo, de tiempos que no están muertos^{30!}”

A semejanza de las demás intelectuales de su generación, hace de la memoria la base de su identidad y se refugia en una especie de intemporalidad, de eternidad. La escritura es por consiguiente capaz de superar las barreras impuestas por las circunstancias nacionales y, como vamos a verlo a continuación, fue en efecto en el ámbito literario en el que debía tener lugar el primer reconocimiento de las intelectuales republicanas españolas en la España democrática.

3. EL LENTO, DIFICULTOSO E INCOMPLETO RECONOCIMIENTO DE LAS INTELLECTUALES ANTIFASCISTAS

Se ha dicho, de manera general, que la rehabilitación de los intelectuales exiliados había sido tardía y dificultosa. En el caso de las mujeres de la Generación del 27, parece aún más radical y lamentable ya que, como se ha señalado en muchas ocasiones, no tardaron en caer en el olvido y se vieron negado el reconocimiento que merecían. Trataremos de analizar en este sentido, el lugar que ocupan hoy en la historia de España, basándonos en la triple identidad –como escritoras, activistas y mujeres– de estas intelectuales multifacéticas.

3.1. Las intelectuales antifascistas como escritoras

Para la mayoría de ellas, la creación literaria fue una preocupación y una prioridad constante. En este sentido, María Teresa León afirma en su autobiografía: “Escribo con ansia, sin detenerme, tropiezo, pero sigo. Sigo porque es una respiración sin la cual sería capaz de morir. No establezco diferencias entre vivir y escribir. Ni recuerdo cuándo empecé³¹”.

La literatura se manifestó en la vida de estas creadoras desde los primeros momentos. Pensemos por ejemplo en Margarita Nelken que publicó su primera obra, *Glosario (Obras y Artistas)*, con sólo 20 años, en 1917. Desempeñó también un papel esencial en la integración de estas mujeres en las filas de la vanguardia madrileña de los *felices años 20*. Una integración que las llevó a colaborar en diversas publicaciones y permitió que Ernestina de Champourcin fuera seleccionada por Gerardo Diego en su *Poesía española contemporánea (1901-1934)* de 1934. Dos años más tarde, la literatura se convirtió para ellas en instrumento al servicio de la causa antifascista antes de pasar a ser, en los años del exilio, un refugio y un arma contra el olvido. Con el regreso a España, la complejidad de las relaciones que habían venido instaurándose entre las intelectuales republicanas y la literatura debía hacerse todavía más patente.

Por un lado, se ha insistido en varias ocasiones en que las mujeres son las grandes olvidadas de la generación literaria a la que pertenecían como lo ha señalado José Carlos Mainer en “Las escritoras del 27”: “La construcción crítica de la idea de Generación de 1927 ha venido imponiendo una visión de las cosas muy peculiar y algo injusta: se ha hablado de un bloque central, una suerte de sociedad limitada de siete o a lo sumo diez poetas eximios [...] De todos estos añejos hay uno que apenas suele merecer mención y cuyo mismo enunciado empieza por suscitar recelo: me refiero al de las mujeres poetas, a las que debemos agrupar como tales [...] precisamente porque brillan por su ausencia hasta en los panoramas más demorados de la mencionada generación³²”.

Por otro lado, sabemos sin embargo que el mayor reconocimiento de las intelectuales tuvo lugar en el ámbito literario, espacio que ya ocupaban más o menos desde el XIX. Mercé Rodoreda, premiada en 1938 por su novela *Aloma*, inició la tendencia con el Premio Víctor Catalá de 1958. Nueve años más tarde, se le otorgó a Carmen Conde el Premio Nacional de Literatura y a Teresa Pàmies el Premio José Pla de 1971 por *Testamento en Praga*. Esta tendencia se acentuó e intensificó en la década de los años ochenta que constituyó un verdadero giro en la trayectoria de las escritoras del 27. Sólo mencionaremos los ejemplos más significativos. En 1988 María Zambrano recibió el Premio Miguel de Cervantes; Rosa Chacel recibió el Premio Nacional de las Letras

Españolas en 1987 y el Premio Castilla y León de Letras en 1990; en 1989 Ernestina de Champourcín recibió el Premio Euskadi de Literatura en castellano y la Medalla al Mérito Artístico en 1997.

El reconocimiento de las intelectuales como escritoras pasó también por la creación de premios (el Premio Ernestina de Champourcín de Poesía en 1995, o, en el ámbito teatral, el Premio María Teresa León en 1994). También por la celebración de diversos homenajes como el homenaje a María Teresa León celebrado en el mes de abril de 2003 y organizado por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, el Instituto Castellano de la Lengua, el Instituto Municipal de la Cultura de Burgos y la Fundación Rafael Alberti. En su discurso, Gonzalo Santonja, coordinador del homenaje, insistió en la necesaria revalorización de una mujer a la que muchos sólo conocen todavía como la mujer de Rafael Alberti:

“Tras años de sequía y silencio comienza a repararse la conjura desilencio que parecía haber caído sobre tan capital artista. Persona comprometida, compañera de exilios, pionera del feminismo, sobrina de María Goyri, primera mujer que obtuvo el doctorado en Filosofía y Letras de España, mujer decidida y escritora necesaria, parece llegado el tiempo de la recuperación”³³.

Pero, a pesar de estos premios y homenajes, nacionales y sobre todo locales, podemos decir que todavía no ha llegado este “tiempo de la recuperación”. Buen muestra de ello es el que muchas de las escritoras del 27 no aparezcan todavía en los programas universitarios y que la mayoría de la gente desconozca su trabajo literario y su labor cultural.

Parece, sin embargo, que la exclusión de estas escritoras del cenáculo de los grandes creadores no se puede imputar solamente a las vicisitudes políticas de la España franquista y posfranquista. Para muchos, sigue vigente, efectivamente, la idea de un ámbito literario fundamental y tradicionalmente masculino, realidad otra vez injusta e insatisfactoria a la cual se había opuesto ya Guillermo Díaz-Plaja en 1978. En su opinión, la pionera y simbólica entrada de Carmen Conde en la Real Academia Española de la Lengua venía a “romper [...] victoriosamente, una situación que, no por impedimentos reglamentarios, sino por sucesión de circunstancias diversas, en la España de Santa Teresa y Carolina Coronado, de Rosalía

de Castro y de Emilia Pardo Bazán, de Concha Espina y María Moliner, dejaba huérfana de representación femenina la Institución que aspira a representar el estamento literario de España.”³⁴. Treinta años después, es obligado reconocer que no se ha logrado todavía en España la total y definitiva integración de las escritoras del 27 en la historia literaria nacional.

3.2. Las intelectuales antifascistas como activistas

El reconocimiento de las intelectuales resulta más dificultoso e incompleto aún en el ámbito histórico. Todavía no se han visto reconocidas como actrices de la Historia, lo que hace de ellas un grupo aparte en el panorama de las mujeres republicanas. En efecto, el binomio republicana/compromiso viene más bien encarnado por la mítica Dolores Ibarruri de la mano de la cual Rafael Alberti, elegido diputado a Cortes por Cádiz, entró en el Congreso después de su vuelta a España en 1977. “Pasionaria” se fue convirtiendo en la figura por excelencia del militante femenino, relegando a un segundo plano las demás españolas comprometidas con la causa antifascista.

Muchos habrán olvidado hoy por ejemplo a Margarita Nelken, diputada en las tres legislaturas de la República, fundadora de la primera “Casa de Niños” en el barrio de Ventas, que se quedó en España durante toda la guerra civil antes de colaborar desde el exilio con organismos como el Comité de Ayuda a los Presos Políticos de España. En el Archivo Histórico Nacional de Madrid, puede consultarse el archivo de esta activista indomable (con su correspondencia, su documentación personal, política y literaria y también una serie de recortes periodísticos sobre literatura y política).

Cabe insistir, por otro lado, en el carácter local e individual de este reconocimiento. Las intelectuales antifascistas todavía no han sido reconocidas como elementos de un colectivo, sino que han sido objeto de nombramientos y homenajes puntuales. María Zambrano, por ejemplo, fue nombrada doctora *honoris causa* por la Junta de Gobierno de la Universidad de Málaga en 1982 e Hija predilecta de Andalucía en 1985; Rosa Cachel fue nombrada doctora *honoris causa* de la Universidad de Valladolid. Este reconocimiento resulta muy significativo pero no parece dar cuenta finalmente de la especificidad, de la singularidad de cada una.

El caso más interesante en este sentido es sin duda alguna el de Consuelo Berges. Esta intelectual, menos conocida, hizo de la traducción un instrumento de lucha contra el silencio al que querían condenarla las autoridades franquistas y no tardó en llamar la atención de las nuevas generaciones que vieron en ella el símbolo del compromiso femenino. En 1993 se creó en Cantabria la Asociación «Consuelo Berges», integrada dos años después en la Federación Nacional de Asociaciones de Mujeres Separadas y Divorciadas y cuyas actividades se organizan en torno a la defensa de los derechos de la mujer. En referencia a la elección de Consuelo Berges como emblema, puede leerse, en la página web de la asociación: “La Asociación, en base al compromiso de otras mujeres que han luchado por las reivindicaciones feministas a lo largo de la historia (ideología que compartimos), toma el nombre de una mujer cantabra que destacó por su carácter emprendedor y por ser una mujer adelantada a su tiempo: Consuelo Berges”³⁵.

El género ya no es motivo de exclusión, se convierte al contrario en el rasgo definitorio de una comunidad femenina que quiso y supo rehabilitar a algunas intelectuales caídas en el olvido.

3.3. Las intelectuales antifascistas como mujeres

De manera general, las intelectuales republicanas vieron su reconocimiento obstaculizado por su mera condición de mujer. Tanto en el ámbito histórico como en el ámbito literario, fueron principalmente destacadas figuras masculinas las que llamaron la atención de los investigadores, relegando a las intelectuales a un segundo plano. Podemos incluso decir que las relaciones existentes entre los hombres y las mujeres de la Generación del 27 perjudicaron a éstas.

Se sigue recordando de este modo a Concha Méndez como la novia de Buñuel y la primera mujer de Manuel Altolaguirre; a Ernestina de Champourcin como la discípula de Juan Ramón Jiménez y la esposa de Juan José Domenchina. La única que parece haber logrado que se la reconociera por sí misma es María Zambrano cuyo reconocimiento oficial de alcance nacional empezó en los años ochenta.

Para comprobar esto que venimos diciendo, podemos examinar las fundaciones de intelectuales existentes en España.

- Fue la propia Consuelo Berges, la primera traductora española en conseguir que le fueran reconocidos los derechos de traducción de sus obras, quien creó la Fundación Consuelo Berges dedicada al fomento, al desarrollo y al estímulo de la traducción al español de obras publicadas en francés.
- El día 23 de mayo de 1988 se constituía oficialmente en Vélez-Málaga la Fundación María Zambrano, que pretende difundir y hacer perdurar el pensamiento de la filósofa. Desde 1992, se puede consultar allí el legado, documental y bibliográfico, de la pensadora.
- El 25 de marzo de 1992, el Instituto de Estudios Catalanes creó una fundación dedicada a la custodia de la obra de Mercé Rodoreda quien cedió en 1975 sus derechos de propiedad intelectual. La Fundación recoge el archivo personal de la escritora, una biblioteca – con unas 1800 referencias bibliográficas– y un jardín que lleva su nombre.
- Sabemos además que existe una Fundación Carmen Conde-Antonio Oliver en Cartagena, pero parece que no se ha saldado todavía la deuda con esta autora fundamental de la posguerra española, a la que se homenajeó en 2008 con la exposición “Carmen Conde. Voluntad creadora” en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Los legados y archivos de las demás intelectuales permanecen todavía a la sombra de sus homólogos masculinos ya que el legado de Rosa Chacel, por ejemplo, es uno de los once legados que se pueden consultar en la Fundación Jorge Guillén. En cuanto a Ernestina de Champourcin, su bibliografía y su archivo personal se conservan hoy en la Universidad de Navarra, por decisión de su familia. Por último, en la Fundación Rafael Alberti de El Puerto de Santa María, una “Sala María Teresa León” con fondos tanto documentales como bibliográficos da cuenta de la intensa actividad literaria y política de quien compartió cincuenta años de su vida con el poeta. Esta subordinación de María Teresa León al poeta-marido nos remite a la ilustre y significativa fórmula de la escritora en *Memoria de la Melancolía*: “Ahora yo soy la

cola del cometa. Él va delante”³⁶. Sin embargo, y a pesar del carácter definitivo y categórico de esta observación, diversas instituciones y personalidades del mundo de la cultura están tratando de rescatar a María Teresa León y a muchas de las intelectuales de su generación, de las profundas aguas del olvido en el que habían caído.

CONCLUSIÓN

Con este trabajo, hemos intentado acercarnos a una realidad olvidada: la sinuosa y caótica trayectoria de las intelectuales republicanas españolas durante la España franquista y posfranquista. Víctimas de la represión en la posguerra, estas mujeres multifacéticas cayeron poco a poco en el olvido. Estos últimos años se está prestando mayor atención a algunas de las intelectuales que se comprometieron con la causa antifascista, pero sigue siendo un reconocimiento individual y parcial. Silenciadas y relegadas al segundo plano por las grandes figuras masculinas de la intelectualidad española de aquel entonces, no han formado parte de los tardíos procesos de rescate de la memoria de la República y de la Guerra y se han visto olvidadas, particularmente desde la perspectiva histórica. Resulta por tanto urgente y necesario rehabilitar y reintegrar en la historia española a estas grandes olvidadas del 27. Concluiremos por ello con la presentación del emblemático y significativo proyecto de la Biblioteca del Centro Cultural Generación del 27 de Málaga cuyo objetivo es: “[...] establecer contactos con las bibliotecas y centros de documentación de las instituciones relacionadas con autores del 27 que existen en España, a fin de configurar vías de colaboración que redunden en beneficios de todos”³⁷.

NOTAS

¹ Esta expresión fue acuñada por Azorín y recuperada por los adversarios de la II República.

² Podemos mencionar aquí las famosas palabras del general Millán Astray pronunciadas en el paraninfo de la Universidad de Salamanca, el 12 de diciembre de 1936: “¡Muera la inteligencia!” y la respuesta de Miguel de Unamuno: “Venceréis [...] pero no convenceréis” .

³ Centro Documental de la Memoria Histórica, PS-Barcelona, 893, 2.

⁴ O’Neill, Carlota, *Una mujer en la guerra de España*. Madrid, Oberon, 2003, 204-205.

⁵ Abellán, Manuel L., *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*. Barcelona, Ediciones Península, 1980, 15

⁶ Luis, Leopoldo de, *Carmen Conde*. Madrid, Ministerio de Cultura. Dirección General de promoción del libro y la cinematografía, 1982, 13.

⁷ Abellán, Manuel L, *op. cit.*, 67.

⁸ Rodrigo, Antonina, “Mujer y exilio 1939”, en María José Jiménez Tome; Isabel Gallego Rodríguez, *Escritoras españolas e hispanoamericanas en el exilio*. Málaga, Universidad de Málaga, 2005, 30.

⁹ Mangini González, Shirley, *Las modernas de Madrid: las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Barcelona, Ediciones Península, 2001, 159

¹⁰ Comella, Beatriz, *Ernestina de Champourcin del exilio a Dios*. Madrid, Ediciones Rialp, S.A, 2002, 41.

¹¹ León, María Teresa, *Memoria de la Melancolía*. Madrid, Castalia, 1998,13.

¹² *Ibid.*, 395.

¹³ Beatriz Comella, *op. cit.*, 43.

¹⁴ Rodríguez-Fischer, Ana, *Cartas a Rosa Chacel*. Madrid, Versal travesías, 1992, 40.

¹⁵ León, María Teresa, *op. cit.*, 82-83.

¹⁶ Nieva de la Paz, Pilar, “El fin del exilio en dos novelas de la Transición política: *Memoria de los muertos* (1981)”, de Teresa Pàmies, y *Cuánta, cuánta guerra* (1982), de Mercé Rodoreda”, en Emmanuel Larraz, *Exilio/Desexilio en el mundo hispánico contemporáneo: los caminos de la identidad (Escrituras y expresiones artísticas del exilio)*. Dijon, Editions Universitaires de Dijon, 2007, 211.

¹⁷ Aguilar Fernández, Pilar, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid, Alianza Editorial, 1996, 231.

¹⁸ Núñez Díaz-Balart, Mirta, “La represión antirrepublicana. La memoria dispersa, la huella borrada”, en Ángeles Egido León; Matilde Eiroa San Francisco (ed.), *Los grandes olvidados. Los republicanos de izquierda en el exilio*. Madrid, Centro de Investigación y Estudios Republicanos, 2004, 232.

¹⁹ García Montero, Luis, *La pasión de la memoria*, en María Teresa León, *Juego limpio*. Madrid, Visor Libros, 2000, 7.

²⁰ *Ibid.*, 10.

²¹ Nieva de la Paz, Pilar, *op.cit.*, 213.

²² Comella, Beatriz, *op. cit.*, 43-45.

²³ Ulacia Altolaquirre, Paloma, *Concha Méndez. Memorias habladas, memorias armadas*. Madrid, Mondadori, 1990,15.

²⁴ Chacel, Rosa, *Alcancía*. Barcelona, Seix Barral, 1982, 16.

²⁵ Champourcin, Ernestina de, *La ardilla y la rosa (Juan Ramón en mi memoria)*. Huelva, Ediciones de la Fundación Juan Ramón Jiménez, 1997, 171.

²⁶ Pàmies, Teresa, *Cuando éramos capitanes (Memorias de aquella guerra)*. Barcelona, Dopesa, 1974, 81.

²⁷ León, María Teresa, *op. cit.*, 188.

²⁸ *Ibid.*, 386.

²⁹ *Ibid.*, 70.

³⁰ Champourcin, Ernestina de, *op. cit.*, 154.

³¹ León, María Teresa, *op. cit.*, 430.

³² Cit. en Mangini González, Shirley, op. cit., 161.

³³ Santonja, Gonzalo (ed), *Homenaje a María Teresa León en su centenario*. Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones culturales, 2003, 25.

³⁴ de Luis, Leopoldo, op. cit., 16.

³⁵ <<http://www.consueloberges.com/historia.htm>>.

³⁶ León, María Teresa, op. cit., 22.

³⁷ <http://www.malaga.es/areas/cultura/cultura/generacion27/biblioteca/proyectos.asp>.